

todas las funciones, dividieron á los pueblos y á los pastores, atacaron los derechos de los obispos, turbaron las universidades en que consiguieron cátedras, sedujeron á los ignorantes con falsas revelaciones y falsos milagros, y cansaron hasta los mismos papas con sus disensiones y sus errores. De este modo casi nunca deja de nacer el mal del bien; tal es la historia de todos los siglos y el destino de la naturaleza humana: pero ¿deberemos abstenernos de hacer bien, temiendo que resulte mal? Si los legos hubieran sido mas prudentes, los religiosos mendicantes no hubiesen tenido ocasion de olvidar tan fácilmente sus deberes y su destino. Nosotros inferimos, como siempre, que los pueblos nunca estimaron á los ministros de la religion, sino en proporcion á los servicios que les hacian.

Las disensiones y las disputas entre los mendicantes y otras corporaciones eclesiásticas duraron casi todo el siglo XIV. Los primeros fueron acusados de que enervaban la disciplina eclesiástica, pervertian el espíritu del cristianismo, entretenian al pueblo con devociones minuciosas, y tal vez supersticiosas, etc. En nuestros dias se renovaron las mismas acusaciones contra los jesuitas, aunque no se les pudo imputar la ignorancia ni la corrupcion de costumbres. Algunos doctores de un carácter demasiado ardiente exageraron estos abusos, vituperando á los sumos pontífices porque los fomentaban, y llegaron hasta el extremo de vituperar absolutamente las prácticas, de las cuales veian resultar malos efectos: tales fueron Juan Wiclef en Inglaterra, y Juan Hus en el siglo siguiente. De este foco salieron las chispas que abrasaron el siglo XVI, y produjeron el cisma de los protestantes. Mosheim dice que fueron vanas las tentativas que se hicieron para corregir á los religiosos por espacio de tres siglos; que nada pudo domar el carácter insolente, orgulloso, ambicioso, terco y supersticioso de los mendicantes, ni la holgazaneria, ignorancia y libertinaje de los otros. Es lástima que Lutero, primer fundador de la reforma, se hubiese educado en semejante escuela, y contraído todos sus vicios.

Bingham, aunque tan prevenido contra la Iglesia romana, habla de los monjes con mas moderacion; no se ensangrentó contra ellos, y aun parece que aprueba el estado monástico segun estaba en su origen. Solo vitupera en los religiosos el haber dejado el trabajo de manos, el que hagan votos, el haberlos elevado al clericalato, y las exenciones que consiguieron. Se conoce que Mosheim solo los

denigró en todos los siglos para persuadir que en el siglo XVI habian alterado hasta el fondo del cristianismo, y que era indispensable reformarle, ó mas bien crearle de nuevo. Pero las invectivas dictadas por la necesidad de sistema, no pueden hacer mucha impresion en los hombres ilustrados.

A pesar de toda la bilis que vomitó contra ellos, dejamos probado: 1º que el estado monástico no solo nació de las persecuciones del cristianismo, y del infeliz estado de los pueblos bajo el gobierno de los romanos, siempre duro y tumultuoso, sino tambien del deseo de hallar la verdadera felicidad, que, segun Jesucristo, consiste en la pobreza voluntaria, en las lágrimas de la penitencia, en el deseo ardiente de la justicia y de la perfeccion, y en la perseverancia en llevar su cruz; que este estado no inspira el vicio, sino la virtud, de que en todos tiempos presentó grandes modelos. Despues que los religiosos de la Trapa y de Sept-Fonts renovaron entre nosotros la vida de los cenobitas de la Tebaida, ¿qué motivo hay para sospechar de sus costumbres, ni para dudar de la sinceridad de sus virtudes? Su ejemplo hizo y hará siempre una infinidad de conversiones; la admiracion que causa no es un asombro estúpido ni mal fundado, como pretenden los incrédulos, sino un justo tributo que debe la humanidad á la virtud, que es la fuerza del alma, segun la energía de la palabra.

2º Es innegable que las variaciones en la disciplina del estado monástico, como los votos, la estabilidad, la práctica de elevar á los monjes al estado clerical, las exenciones, las congregaciones y las reformas, se hicieron por necesidad y para el mayor bien. Querer que los religiosos perseverasen en un mismo régimen por espacio de diez y siete siglos, en diversos climas, y á pesar de todas las revoluciones que sucedieron en el mundo, es desconocer la naturaleza del hombre. ¿Es preciso renunciar á la virtud, porque no siempre puede ser constante y perfecta? Si sucede la desgracia de separarse del camino, es preciso volver á él, y tratar de seguirle con nuevos esfuerzos. Cuando los monjes llegaron á relajarse, nunca fué imposible su reforma, y para ella bastó solo un hombre sabio y constante.

3º No se puede negar que en todos tiempos hicieron los religiosos grandes servicios, singularmente en las misiones. En el Oriente, S. Simeon Estilita, á quien tuvieron por un insensato, convirtió al cristianismo á los idólatras del Libano, y mucha parte de la Arabia; el mismo Mosheim lo confiesa. El

Occidente debe á los monjes la conversion de los pueblos del Norte, su civilizacion y la tranquilidad que de aquí resultó á la Europa. Contribuyeron mas que nadie á disminuir la ferocidad de los bárbaros, á salvar los restos de las ciencias y de las artes, y á reparar las ruinas de nuestros desventurados países; ellos desmontaron los bosques, y reunieron en torno de sí los pueblos llenos de desolacion. Por espacio de ocho ó diez siglos salieron del claustro la mayor parte de los grandes obispos; y aun en nuestros dias algunas órdenes religiosas envian misioneros á todos los países que los necesitan en las tres partes del mundo.

Hicieron cultivar lo que desmontaron sus predecesores; muchos se aplican á las ciencias con bastante fruto; recogen y desenvuelven los monumentos de la antigüedad, alimentan á los pobres, y ejercen la hospitalidad; los monasterios son un refugio para las familias cargadas de hijos, y los que se retiran á ellos suelen hacer mayores servicios á sus parientes, que si se hubieran quedado en el siglo, y muchos de ellos auxilian al clero secular en sus funciones.

Es un absurdo ocuparse en registrar todos los rincones de la historia para descubrir en ellos los vicios de los religiosos, sin decir jamás una sola palabra de sus virtudes ni de sus servicios, y sin hacer mencion de sus trabajos sino para deprimirlos, y envenenar hasta sus intenciones. Por un lado no cesan de insistir sobre su ociosidad, y por otro los representan como agentes de la sociedad, y ocupados siempre en hacer mal. Sin duda seria de desear que todos los religiosos hubieran sido en todos tiempos humildes, modestos, desinteresados, adheridos á su regla, recogidos, y menos atentos á prevalerse de sus servicios y de la confianza de los pueblos; pero ¿es acaso capaz de esta perfeccion angélica la naturaleza humana? Para hacerse útiles, fué preciso que tratasen con los seglares, y en esto no adelantó mucho su virtud; en vez de reformar las costumbres públicas contrajeron algo del contagio, y este es el riesgo á que están expuestos todos los que trabajan en la salvacion de las almas.

4º Mosheim y sus compañeros faltan á la verdad cuando representan el estado monástico como absolutamente depravado en el siglo XVI. Podia estar muy decaído en Alemania y en los países del Norte, porque la crápula es un vicio inherente al clima; pero los protestantes deberian tener presente que la mayor parte de los apóstoles de la reforma

fueron religiosos fugados del claustro, y que conservaban todos los vicios, en vez de practicar las virtudes que en él habia.

En los decretos de reforma del concilio de Trento, nada vemos que pruebe que el estado monárquico tenia necesidad de ser absolutamente variado; estos decretos tienen mas bien por objeto el mantener la disciplina segun estaba, que introducir otra mejor. Las antiguas leyes eran buenas, y solo se trataba de hacer ejecutarlas. Mosheim aun falta mas á la verdad, cuando dice que, aun despues del concilio de Trento, no se desterraron de los claustros la holgazaneria, la crápula, la ignorancia, las arterias, la impureza y las disputas, y que solo hubo cuidado de ocultarlas; con lo que quiso dar á entender que aun reinan en el dia todos estos vicios. ¿No los hay tambien entre los protestantes? Nosotros debemos saber mejor que ellos las costumbres del claustro, porque las vemos mas de cerca.

El mas célebre de los filósofos incrédulos reconoció en un momento de calma lo absurdo de sus sátiras contra el estado religioso, cuyas sátiras copiaron muchos escritores. « Por mucho tiempo, dice, fué un consuelo para el género humano el que hubiese unos asilos siempre abiertos para los que querian huir de la opresion de los vándalos y de los godos. El que no era señor de castillo, era un esclavo, y la dulzura de los claustros era un recurso para escapar de la tiranía y de la guerra..... Los pocos conocimientos que quedaron con la invasion de los bárbaros, se perpetuaron en los claustros. Los benedictinos copiaron algunos libros, y poco á poco fueron saliendo de los monasterios algunas invenciones útiles; los religiosos cultivaban la tierra, cantaban las divinas alabanzas, vivian con sobriedad, y eran hospitalarios. Sus ejemplos pudieron servir para mitigar la ferocidad de aquellos tiempos de barbarie. No falta quien se queje de que bien pronto corrompieron las riquezas lo que la virtud habia instituido.....

» No puede negarse que hubo en el claustro grandes virtudes. No hay monasterios que no posean almas admirables, que hacen honor al género humano. Una multitud de escritores se complacen en buscar los desórdenes y vicios con que alguna vez fueron manchados estos asilos de la piedad. Es indubable que la vida secular fué siempre mas viciosa, que los grandes delitos no se cometieron en los monasterios, aunque fueron mas notados por el contraste que hacen con su regla; no hay estado alguno que pueda



mantenerse siempre puro. Aquí solo debe mirarse el bien general de la sociedad; un pequeño número de monasterios hizo desde el principio mucho bien, al paso que el demasiado número puede envilecerlos.....

Dice, que « los cartujos, á pesar de sus riquezas, se consagran sin cesar al ayuno, al silencio, á la oracion y á la soledad: tranquilos sobre la tierra, en medio de tantas agitaciones, cuyo ruido llega apenas á sus oídos, no conocen á los soberanos sino por las oraciones en que se insertan sus nombres augustos. »

Hablando de los que declaman excesivamente contra los *religiosos* en general: « Es preciso, dice, confesar que los benedictinos publicaron muchas obras de importancia, y los jesuitas hicieron grandes servicios á las bellas letras; tenemos que bendecir á los PP. de la caridad y á los de la redencion de cautivos. La primera obligacion del hombre es la de ser justo..... A pesar de tanto como se habla contra sus abusos, es preciso convenir en que siempre hubo entre los religiosos hombres eminentes en ciencia y en virtud; que si hicieron grandes males, tambien prestaron grandes servicios; que generalmente es preciso compadecerlos mas bien que condenarlos.....

» Los institutos consagrados al alivio de los pobres y al servicio de los enfermos fueron los de menos esplendor, y no son los menos respetables. Acaso no hay nada mas grande sobre la tierra que el sacrificio que hace un sexo delicado, de la belleza y de la juventud, y muchas veces de un distinguido nacimiento, para aliviar en los hospitales á esa reunion de todas las miserias humanas, cuyo aspecto es tan humillante para el orgullo, y tan incómodo para nuestra delicadeza. Los pueblos separados de la comunión romana imitaron con muchisima imperfeccion esta generosa caridad..... Aun hay otra congregacion mas heroica; porque este es el nombre que conviene á los trinitarios de la redencion de cautivos: hace cinco siglos que estos *religiosos* se consagran á romper las cadenas de los cristianos entre los moros. Emplean sus rentas y las limosnas que recogen en pagar el rescate de los esclavos, y ellos mismos llevan el dinero al Africa. No hay motivo para quejarse de tan benéficos institutos. » *Ensayo sobre la Hist. gener., t. 4.º, c. 135; Cuest. sobre la Enciclop., Apocal., Bienes de la Iglesia, etc.*

Se sabe que los sacerdotes de la mision de S. Lázaro, los capuchinos y otros *religiosos* toman tambien parte en esta obra tan

digna de la caridad cristiana. En el siglo XII hubo una institucion de *religiosos pontífices* que se dedicaban á la construccion de puentes y reparo de caminos reales. No debemos pasar en silencio los que se consagran á la instruccion de los niños pobres, y dirigen escuelas de caridad. Véase HOSPITALARIOS, REDENCION, ESCUELAS, etc. Es bien extraño que los protestantes, cuando hablan de los *religiosos*, sean menos equitativos que los filósofos incrédulos. Hemos hablado ya de las riquezas de los *monjes*.

**Monofisitas.** V. EUTIQUIANOS y JACOBITAS.

**Monotelitas.** Herejes que fueron un vástago de los eutiquianos. Eutiques habia enseñado que por la Encarnacion del Hijo de Dios habia sido absorbida la naturaleza humana por la divinidad de Jesucristo, de tal modo que de las dos solo resultó una sola naturaleza: este error fué condenado en el concilio de Calcedonia. Los *monotelitas* sostenian la subsistencia de las dos naturalezas, y que la humanidad no se habia confundido en Jesucristo con la divinidad; pero que la voluntad humana estaba tan perfectamente sujeta y gobernada por la voluntad divina, que no le quedaba ninguna actividad ni accion propia; que así no habia en Jesucristo mas que una sola voluntad y una sola operacion. De aquí vino su nombre derivado de *monos*, que quiere decir *solo*, y de *theiv*, que significa *querer*.

El emperador Heraclio fué el que dió lugar á esta nueva herejía el año de 630. Con el objeto de reunir á la Iglesia católica los *eutiquianos* ó *monofisitas*, imaginó que se debia tomar un medio entre su doctrina, que consistia en no admitir en Jesucristo sino una sola naturaleza, y la doctrina de los católicos, que sostenian que Jesucristo, Dios y hombre, tiene dos naturalezas y dos voluntades; que tal vez se les podria conciliar diciendo que hay realmente en Jesucristo dos naturalezas, y que no hay mas que una sola voluntad divina. Los que le sugirieron este expediente, fueron Atanasio, obispo principal de los armenios *monofisitas*; Pablo, que era uno de sus doctores, y Sosio, patriarca de Constantinopla y amigo de la secta de aquellos. En consecuencia, Heraclio publicó en el año de 630 un edicto mandando recibir esta doctrina. El mal resultado de su política demostró que en materias de fe no hay medio ni expediente que tomar entre las verdades reveladas por Dios y la herejía.

Atanasio, patriarca de Antioquia, y Ciro, patriarca de Alejandria, admitieron sin resistencia el edicto de Heraclio; el segundo reu-

nió un concilio en el año de 633, en el cual hizo que se adoptase la doctrina del edicto. Pero Sofronio, que antes de ser colocado en la silla de Jerusalem habia asistido á este concilio, y se habia opuesto á la aceptacion del edicto, celebró por su parte otro concilio en el año de 634, en el cual hizo condenar como herético el dogma de una sola voluntad en Jesucristo. Escribió al papa Honorio: por desgracia este papa habia sido prevenido y seducido por una carta sagaz de Sergio de Constantinopla, en la que sin negar directamente las dos voluntades en Jesucristo, solo parecia sostener que era *una*, esto es, que estaban perfectamente acordes y nunca opuestas, de donde resultaba la unidad de operacion. Engañado Honorio, aprobó esta doctrina en su respuesta; pero no parece que escribió á Sofronio de Jerusalem reprobando su conducta.

Como todos los católicos aplaudian la firmeza de Sofronio en condenar el *monotelismo*, el emperador Heraclio, para calmar las disputas, publicó en el año 639 otro edicto, llamado *Echthésis* ó *Exposicion de la fe*, que habia compuesto Sergio, en cuyo edicto prohibia que se tratase la cuestion de una ó dos voluntades en Jesucristo; pero enseña, sin embargo, que no habia mas que una, es decir, la del Verbo divino. Esta ley fué recibida por muchos obispos de Oriente, singularmente por Pirro, sucesor de Sergio en Constantinopla. Pero el año siguiente el papa Juan IV, sucesor de Honorio, reunió un concilio en Roma que refutó el *Echthésis* y condenó á los *monotelitas*. Informado Heraclio de esta condenacion, se excusó con el papa echando la culpa á Sergio; pero la division continuó como antes.

En el año 648, el emperador Constante, aconsejado por Pablo de Constantinopla, *monotelita* como sus antecesores, publicó un tercer edicto, llamado *Typo* ó formulario, por el cual suprimia la *Echthésis*, prohibia tratar en adelante esta cuestion, y encargaba perpetuo silencio. Pero los herejes nunca lo guardaron; y además, la verdad debe ser predicada y no se debe ocultar con el disimulo. En el año de 649 el papa S. Martin I celebró en Roma un concilio de ciento cinco obispos, que condenó la *Echthésis*, el *Typo* y el *monotelismo*. « Nosotros, dicen los PP. de este concilio, no podemos abjurar á un tiempo el error y la verdad. » El emperador, indignado con esta afrenta, culpó de ella al papa, é hizo atentar muchas veces contra su vida. Engañado en sus proyectos, le hizo prender con tropa y conducirle á la isla de Naxos, donde le retuvo preso por espacio de

un año; despues le hizo trasladar á Constantinopla, donde el papa sufrió nuevos ultrajes. Ultimamente le desterró al Quersoneso Táurico, hoy la Crimea, donde este santo papa murió de miseria y de trabajos en el año de 653. Esto solo sirvió para hacer á los *monotelitas* mas odiosos.

Finalmente, el emperador Constantino Pogonato, hijo de Constante, por consejo del papa Agato, hizo reunir en Constantinopla en el año de 680 el concilio 6.º general, en que Sergio, Pirro y los demás jefes del *monotelismo*, y aun el papa Honorio, fueron condenados uno por uno y proscrita esta herejía. El emperador confirmó con sus leyes la sentencia del concilio.

En este defendió la causa de los *monotelitas* Macario de Antioquia con la mayor sutileza y erudicion posible, aunque con bastante mala fe, y no es fácil concebir lo que querian estos herejes, ni saber si se entendian á sí mismos. Hacian profesion de refutar el error de los eutiquianos ó *monofisitas*, y admitian en Jesucristo la naturaleza divina y la humana sin mezcla ni confusion, aunque sustancialmente unidas en una sola persona. Profesaban que estas dos naturalezas eran ambas íntegras y completas, revestidas cada una de todos sus atributos y de todas sus facultades esenciales; por consiguiente de una voluntad propia á cada una, ó de la facultad de querer, y que esta facultad no era inactiva ó absolutamente pasiva: y sin embargo, no sostenian menos la unidad de voluntad y operacion en Jesucristo.

Esta misma contraccion demuestra que no todos pensaban de una misma manera, y que no se entendian unos á otros. Acaso algunos solo entendian por *unidad de voluntad* una conformidad completa entre la voluntad humana y la divina: esto no era un error, pero deberian haberlo explicado con claridad.

Otros parece que pensaban que por la union sustancial de las dos naturalezas se habian reducido las dos voluntades á una sola, de tal manera que no se podia ya suponer entre las dos sino una distincion metafisica ó intelectual. Los mas de ellos decian que en Jesucristo la voluntad humana no era mas que el órgano ó instrumento de la voluntad divina, que obraba por medio de la voluntad humana; y en este caso la voluntad humana era absolutamente pasiva y sin accion; porque sabido es que el operante no es el instrumento, sino el que obra por medio de él. En esta hipótesis la *voluntad humana* era un nombre sin realidad ni significacion.

En vano, pues, se lisonjeaban los *monote-*



litas de que podían reunir en su sistema á los nestorianos, eutiquianos y católicos : cualquiera que sepa discurrir, no podrá pagarse de su opinion, ni mucho menos conciliarla con la Sagrada Escritura, que nos enseña que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, y que nos muestra en él todas las cualidades humanas, igualmente que todas las divinas. Despues de una larga discusion fueron condenados en el 6º concilio general por unanimidad, sin que nadie se opusiese sino Macario de Antioquia.

Este concilio, despues de haber declarado que confirmaba los cinco primeros concilios generales, declara que hay en Jesucristo dos voluntades y dos operaciones; que se reúnen en una sola persona sin division, sin mezcla y sin confusion; que no son contrarias, sino que la voluntad humana se conforma en un todo con la voluntad divina, y le está perfectamente sumisa. Prohibe enseñar lo contrario, so pena de deposicion contra los eclesiásticos, y de excomunion contra los legos.

Treinta años despues, el emperador Filipo Bardano volvió á tomar la defensa de los *monotelitas*; pero solo reinó dos años. En tiempo de Leon Isáurico, la herejia de los iconoclastas hizo olvidar la de los *monotelitas*, y los que aun subsistian se reunieron á los eutiquianos. Sin embargo, aseguran que los maronitas del monte Libano perseveraron en el *monotelismo* hasta el siglo XI.

Lo que pasó con motivo de esta herejia ofrece á los protestantes muchas observaciones dignas de atencion. El traductor de Mosheim dice : 1º Que cuando Heraclio publicó su primer edicto, se olvidó del papa, porque se creia que no habia necesidad de su consentimiento en un negocio que solo pertenecia á las iglesias del Oriente. 2º Trata de monje sedicioso á Sofronio, patriarca de Jerusalem, y le acusa de haber excitado un espantoso tumulto, con motivo del concilio de Alejandria del año de 633. 3º Dice que el papa Honorio, escribiendo á Sergio, sostuvo como opinion suya que no habia mas que una sola voluntad y una sola operacion en Jesucristo. 4º Que S. Martin, cuando condenó en el concilio de Roma la *Ecthesis* de Heraclio y el *Typo* de Constante, se portó con altivez é impudencia. 5º Que los partidarios del concilio de Calcedonia tendieron un lazo á los *monofisitas*, proponiendo su doctrina de un modo susceptible de doble explicacion; que mostraron poco respeto á la verdad, y causaron las mas incómodas divisiones en la Iglesia y en el estado. Siglo VII, part. 2, c. 5, § 4 y sig. Mosheim, en su *Historia latina*, está

mucho mas moderado que su traductor.

En cuanto á la primera observacion, preguntamos cómo podia solo pertenecer á las iglesias de Oriente una nueva herejia, y si un error en la fe no interesa á la Iglesia universal. Cuando el papa Juan IV condenó en el concilio de Roma la *Ecthesis* de Heraclio, este emperador no lo llevó á mal, puesto que se disculpó y achacó su falta á Sergio. Este patriarca y el de Alejandria no creyeron que se pudiese pasar sin el consentimiento del papa en este negocio, porque le escribieron para conseguir su aprobacion, y el de Jerusalem le envió sus diputados.

En cuanto á la segunda, el monje Sofronio era ya obispo de Damasco, cuando asistió al concilio de Alejandria; en vano se prosternó á los piés del patriarca Ciro, suplicándole que no hiciese traicion á la fe católica, so color de hacer que volviesen á ella los herejes. Despues de colocado en la silla de Jerusalem, ¿podia dejar de defender esta misma fe, y de mostrar los peligros de la falsa política de los *monotelitas*? El suceso le justificó demasiado, y su conducta mereció la aprobacion plena del sexto concilio general. Es bien extraño que nuestros censores reprueben igualmente el procedimiento poco sincero de los *monotelitas*, y la franqueza de Sofronio, la conducta de los que querian que se guardase silencio, y de los que querian lo contrario.

Respecto á la tercera, no tratamos de justificar al papa Honorio; pero no vemos que hubiese sostenido, como su propia opinion, *una sola voluntad* en Jesucristo. Nuestros censores citan á Mr. Bossuet en la *Defensa de la declaracion del clero de Francia*, p. 2, l. 12, c. 21. Las palabras de Honorio, que refiere Mr. Bossuet, en el c. 22, son las siguientes : « En cuanto al dogma de la Iglesia, que debemos tener y predicar, no hay necesidad de hablar de una, ni de dos operaciones, por la poca inteligencia de los pueblos, y por evitar el embarazo de muchas cuestiones interminables; sino que debemos enseñar que las dos naturalezas en Jesucristo obran perfectamente de concierto; que la naturaleza divina hace lo que es divino, y la naturaleza humana lo que pertenece á la humanidad. » Añade : « Que estas dos naturalezas unidas sin confusion, sin division ni mutacion, tienen cada una su operacion propia. » Mr. Bossuet no cita ningun pasaje de Honorio, en que se haga mencion de *una sola voluntad*.

Es cierto que Honorio no está de acuerdo consigo mismo cuando dice que las dos naturalezas en Jesucristo tienen cada una su propia operacion, y que sin embargo no se

debe hablar de dos operaciones, pero de aquí no se infiere que hubiese admitido una sola voluntad en Jesucristo. Tampoco parece que Sergio, escribiendo á Honorio, se atreviese á proponer este error.

Replicarán que si esto es cierto, ¿por qué el sexto concilio general condenó las cartas de Honorio, como contrarias á los dogmas de los apóstoles, de los concilios y de los santos PP., y como conformes á las falsas doctrinas de los herejes? ¿Por qué decidió que este papa habia seguido en un todo el sentir de Sergio, y confirmado sus impios dogmas? Tales son sus palabras. Porque, efectivamente, es contrario á los dogmas de los apóstoles, de los concilios y de los santos PP., el no profesar la fe segun es en sí, y porque Honorio usa en sus cartas el mismo lenguaje que Sergio; y el concilio debió juzgar que pensaba como él, aunque tal vez no fuese así.

Así, pues, los acusadores de Honorio no tienen razon cuando concluyen que Honorio fué verdaderamente hereje, ó que los concilios no son infalibles; los concilios juzgan de los escritos, y no de los ocultos pensamientos de los escritores.

En orden á la cuarta, sostenemos que hubo celo, valor, y firmeza en la conducta del papa S. Martin, pero que no hubo altivez ni impudencia. Se abstuvo por puro respeto de nombrar los dos emperadores cuyos escritos condenaba; esta condenacion fué firmada por casi doscientos obispos, y su juicio confirmado por el sexto concilio general. Con razon, pues, honra la Iglesia como mártir á este santo papa; las crueldades que usó contra él el emperador Constante mancharán para siempre la memoria de este principe.

Respecto á la quinta se expresan muy mal Mosheim y su traductor, cuando dicen que los partidarios del concilio de Calcedonia tendieron un lazo á los *monofisitas*. Este lazo fué tendido, no por los católicos, sinceramente adictos al concilio, sino por los *monotelitas*: fué imaginado por Atanasio, obispo de los *monofisitas*; por Pablo, doctor célebre de los mismos; por Sergio de Constantinopla, amigo de aquellos, y consiguieron tambien sugerirle al emperador Heraclio. Estos fueron, y no los católicos, los que causaron las divisiones y las disputas que se siguieron, y estos sofistas todo lo eran, menos partidarios del concilio de Calcedonia. La definicion de este concilio no daba margen á ninguna falsa explicacion á los que querian obrar de buena fe. Habia declarado que hay en Jesucristo dos naturalezas sin mutacion, confusion ni division; una naturaleza humana, que no está

mudada, tiene sin duda una voluntad propia. Era preciso estar de tan mala fe como los *monotelitas*, para entender que habia dos naturalezas con una sola voluntad en Jesucristo.

Con este ejemplo vemos cómo disfrazan la historia eclesiástica los protestantes.

\* [No se puede echar mano de las cartas de Honorio para atacar la doctrina de la infalibilidad del papa, cuyas decisiones no son miradas como infalibles, sino cuando contienen un juicio dogmático dirigido á toda la Iglesia, porque estas son cartas particulares y no fueron escritas mas que á Sergio, que habia consultado á Honorio sobre la cuestion de las dos voluntades de Jesucristo. Por lo demás, no contienen ningun error teológico, y se justifican de la tacha de herejia, no menos que por el testimonio de los autores contemporáneos ó de los papas que despues de Honorio han ocupado la silla apostólica.]

☞ Véase la adiccion al artículo INFALIBILIDAD. En cuanto á los *monotelitas*, dejemos hablar á S. Alfonso Maria de Liguorio.

I. Se da el nombre de *monotelitas* á todos los herejes que quisieron que no hubiese en Jesucristo mas que una sola voluntad. Trae su origen de dos palabras griegas : *monos*, que significa uno, y *thelema*, que quiere decir *voluntad*; y por lo mismo puede convenir á muchos arrianos, que pretendian que no habia alma en Cristo, sino que el Verbo ocupaba su lugar, así como á muchos apolinaristas, que concedian en verdad un alma á Cristo, pero privada de inteligencia, y por consiguiente sin voluntad. Por lo demás, los verdaderos *monotelitas* formaron una secta particular bajo el imperio de Heraclio, hácia el año 626. Se puede decir que Atanasio, patriarca de los jacobitas, fué su principal autor, como lo hemos observado en nuestra *Historia*, cap. VII, núm. 4; y que los otros patriarcas, tales como Sergio, Ciro, Macario, Pirro y Pablo, fueron sus primeros sectarios. Admitian las dos naturalezas en Jesucristo, pero negaban que cada una de ellas tuviese una voluntad y una operacion, queriendo que no hubiese en Jesucristo mas que una sola voluntad, la voluntad divina, y una sola operacion, la operacion divina que llamaban *teándrica* ó *deíviril*, no en el sentido de los católicos, que llaman *teándricas* ó *divinas* las operaciones de Cristo en la naturaleza humana, porque son de un Hombre-Dios, y se atribuyen todas á la persona del Verbo que sostiene y termina esta misma humanidad, sino en un sentido herético, pretendiendo que la sola voluntad divina movia las facultades de la naturaleza humana, y las aplicaba á la ac-